

SANTANDER

Discurso pronunciado el 6 de mayo de 1940,
al inaugurarse en Popayán la estatua del prócer.

Por GUILLERMO VALENCIA

Sólo un indeclinable encargo oficial, que arranca de nuestro cabildo y cobra autoridad en una gentil insinuación de los altos poderes, me otorga hoy el honor de comparecer aquí para entregar a la veneración del pueblo payanés la broncea imagen del Hombre de las Leyes.

Cien años es corto lapso para que los bandos políticos olviden o perdonen, mas el tiempo no corre para el agradecer premioso que se adelanta a pagar la deuda contraída cuando es justa y probable ante quien debe reconocerla a fuero de beneficiario. Si la obra de la crítica es lenta y mañosa y la de los ofendidos pertinaz y violenta, la gratitud no aguarda para decidirse últimas y definitivas probanzas, antes bien acude presurosa a exaltar el hecho innegable, a celebrar la hazaña ilustre, el ardor fecundo, la abnegación y el sacrificio.

Esa figura de bronce, al par que efigie de un eupátrida, es también símbolo exacto de la norma glorificadora que acostumbra los hombres para celebrar a sus héroes. Va colocada en eminente pedestal para su reverencia desde abajo; mide unos palmos más que exceden la estatura original y ostenta la serena dignidad en que brilla purificada la existencia del efigiado, con aquel gesto sobrio, tranquilo y espectable de los grandes que ya entraron a vivir la vida de los inmortales.

En la escala del merecimiento nacional, en la jerarquía de las intensas labores, en el consejo de los combatientes incansables, ocupa Francisco de Paula Santander sitio de honor junto al padre de la patria, centro solar de todo el sistema. Bien pudiesen superar al granadino, por aspectos concretos, otros compatriotas ilustrés de su tiempo y de su pueblo: Torres en la dignidad preconsular y el esplendor tribunicio; Caldas en la sabiduría; Córdoba en la bravura afortunada; Nariño en las pruebas aquilatadoras; Restrepo en la pericia jurídica, pero nadie poseyó como él, ni en forma de mayor equilibrio, tantas y tan varias cualidades, siempre en trance de actividad ardiente.

Santander fue ante todo una voluntad dominadora. No de otra suerte pudiera explicarse existencia tan llena de contrastes, un actuar tan intenso, el perenne renovarse en actividades cambiantes y su

erguida serenidad para la lucha. Si Bolívar es Febo, Santander es Selene, que ilumina la noche en ausencia del astro rey que en aquélla fulge y se refleja, aunque a veces, como acaece en los eclipses, la interposición del disco menor opaque y ensombrezca transitoriamente el rutilante foco del fanal portentoso.

La revolución emancipadora fue empresa de aristos que obró como un reactivo sobre la masa inerte, apática y desprevenida, alterando, destruyendo, incorporando. Labor activa por esencia, exigía hombres de acción, capaces de llevar a la realidad el empeño ideológico. No eran uno pensar y actuar, y quien únicamente había vivido para las ideas, al penetrar al campo activo halláballo extraño a sus hábitos y preferencias y sembrado de innumerables tropiezos; y así en los primeros tiempos de nuestra vida autónoma, la incertidumbre y el desconcierto fueron el natural fruto de la impreparación anterior para tan arduos menesteres. Mostrábanse nuestros padres unánimes en el propósito y acordes en la finalidad, mas no en los medios de obtenerla. Con raras excepciones, los hombres de bufete se improvisaron conductores y guerreros cuando fue menester, en propicias circunstancias, traducir a realidades los anhelos de liberación por tanto tiempo ocultos y amorosamente alimentados. El joven abogado de Cúcuta mudó bruscamente la toga por el dormán guerrero, como lo hicieran tantos otros.

Al formidable obstáculo que oponían la apatía de las masas y la recia estructura colonial, sumábanse a la hora de las realizaciones la discrepancia en los pareceres ardorosamente defendidos por los capitanes de bando, el celo intransigente por el fuero comarcano, cultivado a través de cien generaciones por la madre patria, y el concepto individualista que no se daba a partido con el opuesto; y de esta suerte, los comienzos de la lucha fueron de incoordinación cuando urgía la unidad, de indisciplina, de intransigencia y de vacilaciones. Los pocos hombres de prestigio que surgieron, agruparon en torno bandos irreconciliables, mientras las pruebas de guerra no abonaron merecimientos y revelaron aptitudes de mando. Los caudillos que se perfilaron tales desde las primeras horas, no lograron la aceptación unánime de sus conmlitones sino a costa de sacrificios incontables que les impusieron los propios, antes que el éxito feliz los consagrara ante sus camaradas.

En esta escuela de intransigencia, de desconfianza, de petulancia y veleidad, se formaron los futuros guerreros, entre ellos Santander, apuesto mozo de veinte años.

Sólo el genio de Bolívar, servido por su prodigiosa intuición, descubrió desde los principios los puntos frágiles de la empresa emancipadora, y se dio a fortalecerlos con la escogencia de hombres, el rigor en los métodos, la fulminante audacia y la visión panorámica del problema; desde el año 14 ya pensaba en la libertad del Perú.

La vida de Santander de 1810 a 1819, muévase en todo aquel período tormentoso por los varios epicentros de la actividad emancipadora. Derrotado aquí, vencedor más allá, afortunado sin motivo o vencido contra toda previsión, los reveces no liquidan su mérito, y

siempre buscado y estimado, cobra en la lid cada vez puestos de mayor confianza y responsabilidad y es apreciado y seguido por su fe inextinguible en la final victoria, que él buscará por todos los caminos, firme ante el duro azar, sereno ante el problema del día, apasionado por la libertad y con el pecho bardado contra el desaliento y la inacción. En esa ruda escuela de la perseverancia y la bravura que fueron la magnánima Nueva Granada y la sacra y fecunda Venezuela, madre venturosa del máximo libertador y sus formidables guerreros, formóse el granadino en un constante y renovado trueque de glorias e infortunios, que consumaron al fin la libertad de cinco pueblos.

Cierto que en estos años no se destacó el prócer con el majestuoso relieve de los Páez, los Urdanetas, los Píares, los Nariños y los Rivas, hombres de guerra ante todo, señores de la pampa, genios totémicos de América como el felino que la simboliza; mas no todo en aquella gesta fue el bote de la lanza en que culminaba y se agudizaba en destrucción la obra del método, de la previsión y el pensamiento. El combate era entonces la realización del pensar, y éste el fruto de un grupo de pensadores en interminable vigilia, que traducían a esquemas las orientaciones directrices del andariego Aquiles. Santander meditaba con ellos, sin dejar por eso de acudir a la brega, de partir el peligro, de cumplir exactamente el deber militar.

Mientras la lucha fue sólo la obra de la audacia, la temeridad y la sorpresa, no prosperó en forma estable y trascendente el esfuerzo libertador; era un derroche de heroísmo que minaba, si afortunado, la moral de los peninsulares, y procuraba armamentos y vituallas franqueando zonas o libertando ciudades presto reconquistadas; pero esos triunfos locales sólo hallaban en sí mismos su hazañosa finalidad. Los objetivos tácticos, la estrategia y sus combinaciones, la ciencia militar, en una palabra, vinieron más tarde con los boletines de Europa, con el estudio de los tratadistas, con la experiencia de dos lustros; Sucre sería el glorioso exponente de la forma definitiva de guerrear para los libres, como la había concebido el Libertador. Naturalmente los centauros del llano poco entendían y menos apreciaban este juego de ajedrez, por estimarlo teórico, muy precavido, perezoso y sin arrestos. Páez no habría sido acaso el hombre de la campaña de Ayacucho, con sus tardas y renovadas marchas y parsimoniosas retiradas, retrocesos y avances. El mismo Libertador, ebrio de acción, mereció un día ese reparo de labios del propio León de Apure. Ya a la postre se tornó más prudente, y en varias ocasiones explicó esa nueva actitud suya.

La invasión de Morillo creó nuevas fases al problema. La crueldad y sevicia hicieron más por la causa independiente, que los regimientos vencedores del Corso. La levadura revolucionaria fermentaba la masa transformándola para el entusiasmo y la resistencia. De los pensadores de los primeros días restaban pocos; los más dormían en tumbas escondidas envueltos en la púrpura del martirio. Santander se salvó del patíbulo y emigró a los llanos, combatiendo para abrirse paso. En acuerdo con Páez conservó el fuego ardiente del pa-

triotismo, mientras Bolívar, superándose a sí propio, reconstruía sobre escombros el múmero templo de los libres. Por eso el cucuteño, que se sintió subyugado por la grandeza del Padre, lo llamó clamorosamente a consumir la libertad de la Nueva Granada y puso a sus órdenes los restos supérstites de lidiadores que él había amaestrado en Casanare, en espera de mejores días. Bolívar acudió, y todos vosotros sabéis el desenlace: el terrífico paso de la cordillera, las Termópilas de Paya, el Pantano de Vargas, Boyacá.

Desde luego, aquella operación arriesgadísima, concebida por el Libertador y auxiliada y secundada por Santander, dio origen a cavilaciones, proyectos y contraproyectos, cambio de planes e incidentes que la discusión esclareció, la franqueza allanó, la autoridad encauzó y el patriotismo unificó. La independencia de Nueva Granada primero, y a poco andar la de Venezuela, fueron la óptima cosecha de aquellas siembras de nobleza y sacrificios sin medida.

Prosigue Bolívar en la conquista de sus objetivos inmediatos: fundación de la república y liberación de Venezuela; en tres nombres se compendia esta etapa, tras el armisticio de Trujillo: Angostura, Cúcuta y Carabobo. La vicepresidencia de Santander en Cundinamarca fue el estribo de aquel arco de triunfo que cerró su curva gloriosa en la ensangrentada llanura venezolana, ¡pedestal del gran Páez y memorable tumba de Cedeño y de Plaza!

Comenzó entonces aquel inolvidable diálogo que enmudeció siete años más tarde, entre el "Hombre de las dificultades" y el "Hombre de las Leyes", diálogo ininterrumpido, que contiene los gérmenes del futuro de cinco repúblicas, de sus fastos grandiosos y sus lamentables caídas, de sus pecados, de sus bajezas, de sus ingraticudes, de sus extravíos, de sus castigos, de sus avatares y sus culpas. En esas cartas apresuradas y vibrantes en que alternan todos los estilos, quedó vaciado el espíritu del genio del Avila. Allí está Bolívar con su energía desconcertante, su aguda sagacidad, su divina previsión, su don de mando, su acerado carácter, su inquietud, su gentileza, su ironía y su gracia. Embargado por su idea obsesionante, la emancipación, no quiere, no puede ver cosa distinta, y su correspondencia al vicepresidente de Cundinamarca es sólo un inacabable clamor por los elementos que lo urgen para darles cima a sus empresas, que en 1820, por ejemplo, abarcaban numerosos frentes a que era preciso atender con un río de hombres y dinero, con armas, con vestuario, con ganados y con víveres. A todo atiende el Padre; no hay detalle que se escape, así sea personal o de conjunto; se ha hecho ya prudente para ejecutar, sin menoscabo de su ingénita audacia para concebir e intentar; es el genio guerrero en el punto supremo de la perfecta madurez. Bolívar tiene entonces un colaborador que atiende a su sed de acción y reconquista: Santander. Mientras aquél proyecta, pide, clama y exige elementos y más elementos para colmar el inagotable tonel de tres guerras que se desenvuelven simultáneas, el otro, entre dificultades increíbles, en medio del caos social, en lucha con la inercia de los pueblos, la desolación de diez años de lid devastadora en que se perdieron los cauces de la autoridad, de la disciplina y el mé-

todo, el interés por el trabajo y hasta el instinto de vivir, crea recursos, improvisa sistemas, suscita batallones y procura, dentro de lo posible humano, la exigencia tenaz, imperiosa y constante del insaciable luchador que también saca de la nada, pero que necesitaba que su pasmosa actividad creadora se redujese, como la barra de metal en la hileras, al estrecho conducto del procedimiento legal. En esta desigualdad de planos, en esta discordancia de situaciones, en esta disparidad de métodos, radica la disonancia de procedimientos dentro de la unidad de propósitos. La presidencia de Bolívar era una fuerza cósmica de incontrollable poder, regido únicamente por la fiebre creadora, fulgurante y sin alivio: la corriente del Orinoco rebasando, al impulso de un inmenso caudal incontenible sus frágiles riberas. La vicepresidencia de Santander era la fuerza ordenada y serena del río canalizado que discurre obligadamente por entre diques infranqueables. Bolívar mismo, que a menudo se impacientaba por esta fatalidad ineludible, sentía la necesidad del orden, ritmo de su pensar enfielado, y respetaba el muro estando a su alcance quebrantarlo. Nunca convino en la separación de Santander. De esa inevitable disparidad surgió la elástica y hermanable disputa entre aquellas dos voluntades, en los años decisivos que prepararon la emancipación de los países del ciclo bolivariano, 1810 a 1824.

Muy estrecho marco este discurso para extender el cuadro de la inmensa labor santandereana en ese lustro germinante. El terremoto de Caracas fue el símbolo abreviado del cataclismo social que originó la rebelión. El estado de guerra, al generalizarse, rompió todos los resortes de la administración regular, que quedó sustituida por las órdenes de emergencia de las directivas militares. Paralizadas en grande escala las fuentes habituales de producción, ni minería, ni estancos, ni cultivos, ni diezmos, ni alcabalas pudieron conservarse entre el ir y venir de ejércitos, rebeliones y sometimientos, exacciones y saques, prisiones, cadalsos, fugas y escondites. Destruir para que el enemigo no se beneficiase, era ardid muy válido. La inquietud y efervescencia de los espíritus no consentía ningún proceso metódico y normal.

Recíproca intolerancia, agitación sin término, odio, despojos, muertes por doquiera, habían sido en tres lustros el obligado cortejo de la emancipación. Ordenar ese caos era obra de titanes; iniciar la democrática vida de la república sobre las ruinas humeantes del pasado colonial, la empresa magna para estadistas y congresos; modificar el alma patria, troquelada en tres centurias, milagro fue de renovación ideológica; y gobernar en esas horas de confusión, en toda la fuerza del nacional desastre, atendiendo a la consumación de una victoria, apenas iniciada, hasta culminar en la liberación definitiva de una pentarquía, fue el milagro pasmoso del genio de Bolívar, interpretado poderosamente por su fiel compañero, por su docto ejecutante e iniciador en muchos campos, por el Hombre de las Leyes, que supo auxiliar con mano experta y responsabilidad personal, en dos vicepresidencias, al Hombre de las dificultades.

Todo cuanto entró al crisol para fundir la nueva patria no fue metal purísimo. Hasta los más grandes hombres son, como sus esta-

tuas, el resumen de una aleación. La hora de exaltarlos a sus pedestales no será jamás propicia para el análisis químico de las amalgamas. La estatua, como el hombre, es un símbolo, y el hombre tiene bien sabido que el limo de la tierra no es extraño a su predestinada e indiscutible grandeza, del propio modo que el fundador aporta al estatuario metales no muy nobles que el sentido de la justicia y de la gloria orífica y sublima. Santander no nos preside hoy en tan elevado sitio por sus deficiencias sino por la plenitud de ciertas prendas, no por sus extravíos sino por sus aciertos, nunca por sus faltas sino por sus virtudes, jamás por sus falencias de hombre, como las tuvieron todos los grandes de la historia, sino por el saldo ingente de bien que representa para la humanidad en bloque y para la circunscrita de la tierra que tuvo la fortuna de producirlo y gloriarse de él.

Si borrásemos de una plumada a Santander libertador, a Santander legislador, a Santander colaborador del padre de Colombia, a Santander renovador y continuador de magnas tradiciones, se formaría una falla desconcertante y un vacío difícil de colmar en la historia de nuestra independencia y en la primitiva orientación democrática de nuestra nacionalidad.

Mientras el poder omnímodo que se ejerce en la guerra tuvo a raya bajo el puño de bronce de Bolívar todas las fuerzas ciegas de la barbarie, el caudillismo nada pudo contra el orden defendido por la justicia militar inexorable y fiera; mas cuando la brava gesta vio coronar su triunfo, cada guerrero afortunado quiso entrar a saco en la heredad común y cobrar en personal hegemonía los fillos de su espada. Surgieron entonces los caudillos bárbaros de ambición desmedida, habituados a cortar y no a desañudar; apareció la inversión de valores, la superposición de medianías audaces y violentas, la descabellada reacción contra la autoridad constituída, nato defensor del orden civil. Como era fuerza darle respaldo ideológico a esa reacción tardía y desventurada de los bajos instintos, se tachó de "godo" al Libertador, que desde muy atrás venía preocupado con aquel inevitable evento que daría al traste con todo, si no se contrarrestaba en oportunidad, y en el que participaron, de buena o mala fe, los mayores patricios, desde opuestos y encarnizados bandos cuya actitud original ha llegado hasta nosotros. La historia dirá algún día quién estaba en lo cierto, con universal acatamiento a su veredicto. Sería cobarde no reafirmar aquí mi "godismo" bolivariano, que me permite, como al Padre, admirar, exultar y agradecer el inmenso aporte del vicepresidente granadino. Este anhelo de transacción no es deshonorado ni rastrero. Bolívar mismo reconociólo así en su carta a Urdaneta, de 16 de noviembre de 1830, un mes antes de su muerte: "Yo lo he visto palpablemente, dícele: el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos." ¡Nobles, trascendentes y fecundas palabras!

Este monumento, en mi sentir, sólo tiende a perpetuar la gloria indiscutible del general Francisco de Paula Santander en cuanto de ella participaron sus contemporáneos, sin escrúpulos ni reato. Es el tributo al guerrero, al colibertador, al magistrado, al cofundador de

la patria, al propulsor, al ciudadano austero, al republicano, al estadista, tal como nos lo muestra durante sus tres lustros memorables el aprecio consagrador del Padre, el amor de los compatriotas, la obra escrita y vivida del vicepresidente.

Fue canon de los antiguos no erigir a los atletas estatua que excediese la verdad anatómica del luchador celebrado. Es de justicia que ésta ostente el tamaño heroico, porque representa a un héroe de eximia magnitud en su complejo de dotes eminentes.

Las tragedias que siguieron a esas horas sin sombra bifurcan el criterio entre quienes exaltan al jefe de un partido y a los que lo impugnan, combaten y denigran. Para nosotros este día no puede ni debe aludir a tan encontrados sentires... Popayán, el Cauca y el occidente colombiano unifican criterios y voluntades para celebrar al laureado patricio que debe cernerse hoy para nosotros, como estuvo por tres lustros, sobre el político sectario y militante. Santander será siempre, como libertador y creador de civismo, una gloria de América.

Hoy más que nunca necesita su pueblo del espíritu del prócer, en estas horas críticas de peligros insospechables. En lugar de una santa existe una roja alianza que nos acecha, y que en medio de esta hora de viceversas, de sorpresas y de imprevistos, bien pudiese estar amagando dentro y fuera de los patrios linderos. El conflicto de Europa se extiende y encruelece. El aspecto militar de la contienda se opaca ante el económico vital. Las materias primas de las industrias bélicas son los principales objetivos de la lucha, y los países productores de petróleo, hierro, manganeso, estaño, los centros de interés de la pedagogía imperialista. ¿En dónde está el Libertador? ¿Qué ha sido del cucuteño, proveedor incansable de recursos defensivos? ¡Alerta, americanos del norte, centro y sur! ¡Alerta, Venezuela, Ecuador, Panamá, Perú y Bolivia! Nuestra independencia bien pudiese convertirse en sueño de una noche de verano. No olvidar que el bronce sirvió otrora también para fundir cañones. Nadie sabe en esta época qué sorpresas le traerá el mañana. Si el pasado sólo sirve como ejemplo, el presente y el porvenir se confunden ahora con la eliminación del espacio y el tiempo, por gracia de la velocidad mecanizada. Lo que hace un siglo era obra de meses, puede ser hoy de horas. El mar es ya un mito y el éter una fantasía; el avión y el crucero, el radio y el cañón machihembran las fronteras más remotas. En pocas horas pueden tocarse y abrazarse con lazo de hierro la tierra americana con la germánica, la soviética y la japonesa. ¡De pie los muertos!

Paz en el interior, cordialidad, cooperación desinteresada, son ahora más que nunca factores insustituibles de previsión y el único eje posible del deber patriótico.

Este el mensaje ecuménico con que el general Francisco de Paula Santander recibirá al viajero que traspase la puerta norte de la ciudad fecunda, desde este camino de gloria por donde marcharon los ejércitos que él coligió y equipó para que Bolívar consumara el milagro austral.

Vistamos ahora de flores el pulcro basamento, para que no vea el prócer las huellas que ha dejado la enemistad exhumadora a los pies de su figura gallarda, serena y silenciosa...